



ESA PERSISTENTE VOCACIÓN DE LO EFÍMERO

Jorge Díaz
Dramaturgo
Premio Nacional de Arte

Según la viuda de Gerard Philippe, la vida es el tiempo de un suspiro. Para mí la vida es menos triste, aunque igualmente breve: es un ¡oh! de asombro ante lo maravillosamente inexplicable, una exclamación de ansiedad y fascinación ante el misterio. Y mientras más ambiguo, efímero e inútil sea el prodigio, el encantamiento será mayor. Sin darme cuenta, claro, estoy definiendo el teatro.

La memoria está hecha de trocitos de vidrios de colores rotos, irregulares, que nunca calzan del todo. Toda memoria intenta ser un caleidoscopio casero, hecho con cartón enrollado y vidrios machacados, como el que intenté fabricar a los siete años, inútilmente, por cierto. La memoria es siempre un acto fallido, pero artesanal y tierno. Mientras se rememora, uno cambia creadoramente los restos del naufragio.

Si hago girar en este momento el caleidoscopio, hecho con un calendario viejo lleno de fragmentos de imágenes transparentes de colores, y pretendo encontrar la respuesta a la patética pregunta: ¿qué me impulsó al efímero oficio de teatrera, farandulero, narrador de cuentos imposibles, juglarón fracasado una y mil veces?, veo, al fondo, quizás distorsionada, pero reconocible, a la Universidad Católica. De todo ese batiburrillo de imágenes inconexas y fugaces rescato tres momentos, que son los testimonios más entrañables de este collage amnésico.

¿Cuáles fueron los estímulos primeros que provocaron este demencial estado catatónico de fabulador en el espacio? Yo antes era un hombre sensato, lo juro: arquitecto, comía tres veces al día, me cortaba las uñas, pagaba mis impuestos, me lustraba los zapatos y tenía mis vértebras –cervicales y lumbares, sobre todo– en perfecto estado. Hoy, después de sentarme en butacas desfondadas en ensayos interminables, de cargar cestas con vestuario por todo el mundo y de comer a salto de mata, me he transformado en un hombre insensato, es decir, en un hombre de teatro.

Aprovechando mi caleidoscopio amnésico (que también uso, a veces, como corneta), afirmo, declaro y acuso, que esos estímulos primeros hacia lo efímero, que se transformaron en irreversibles síntomas del desahuciado, provienen de la Universidad Católica. Detallo esos tres momentos agazapados en el tiempo.

Primer momento.

Soy un estudiante de arquitectura, compulsivo y distraído a la vez, que baja todos los días, al atardecer, desde el último piso, rumiando esquemas y diseños, al patio izquierdo de la Casa Central para salir a la calle.

Tengo que pasar, necesariamente, junto a la puerta de los estrechísimos locales del Teatro de Ensayo. Allí siempre hay un grupo que parece que va a iniciar un ritual festivo y clandestino, justo a la hora en que yo termino

mi jornada. Percibo inmediatamente que usan códigos especiales, que conforman un espacio de libertad, de transgresión. La curiosidad me impulsa a quedarme rezagado, escuchándolos, agazapado entre las columnas, espiándolos. Un día, finalmente, cruzo el umbral. Yo no sabía que estaba cruzando el umbral de una vocación.

Segundo momento.

Nunca había ido al teatro. Sólo me gustaba hacer dibujos, escuchar música y leer a los poetas surrealistas. Suponía que el teatro constituía un ceremonial social demasiado complicado: hacer cola, comprar entradas, moverse entre un montón de gente y sentarse a la vista de todo el mundo. Sencillamente, me parecía impúdico. Demasiado ruido, demasiadas esperas, demasiado exhibicionismo.

Un día me senté por primera vez en el Teatro Municipal. Vi **La Anunciación a María**, de Paul Claudel, en el montaje del Teatro de Ensayo. No recuerdo si me gustó la obra, ni siquiera podría contar su argumento en este momento. Sin embargo, puedo revivir la emoción, como un escalofrío, la fascinación absoluta provocada en mí por el clima, la atmósfera insólita, el remalazo de belleza incomprensible.

Estaba, por primera vez, ante el misterio del teatro.

Tercer momento.

Jorge Alvarez, ese gran actor chileno, formaba parte del elenco estable del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. Cuando salía de las funciones de teatro no podía irse a su casa porque se encontraba acelerado, exaltado, por la función que acababa de interpretar. Tenía que caminar horas y horas por la ciudad desierta para calmarse. Yo lo acompañaba en esas noches peripatéticas. Se ponía a recitar a gritos a San Juan de la Cruz. Lo vi llorar muchas veces. Desde entonces, la poesía de San Juan de la Cruz me ha iluminado muchas zonas inciertas de mi entendimiento.

Una noche, cuando había agotado su infinito repertorio de poesía mística, cruzando la calle Mosqueto, húmeda y tenebrosa (la oscura noche del alma), me dijo: *Necesito que me escribas un monólogo*. Creí que deliraba. La literatura y yo eramos casi enemigos declarados.

Una semana después, empecé a escribir **Un hombre llamado isla**.

San Juan de la Cruz, Jorge Alvarez y la Universidad Católica se cruzaron en mi camino. No supe decir no a tiempo. Y aquí estoy, haciendo de lo efímero una forma de vida.